

15th St. Jerome Translation Contest

2020 EDITION

Spanish
Student honourable mention



Lena Greenberg

Tina Turner se divierte como nunca

Durante cincuenta años, fue la viva imagen del brío en el rock. Su versión de Proud Mary duraba un 175 por ciento más que la canción original, cuyo compositor, John Fogerty, ni siquiera bailaba. Con unos veintitantos años ella se convirtió en una estrella al lado de Ike Turner, con treinta y tantos se libró del maltrato al que le sometía este, con cuarenta y tantos se fue abriendo camino en los rankings de música pop hasta llegar a los primeros puestos, con sesenta y tantos hacía giras mundiales, y ahora le gustaría dejar que se le pegaran las sábanas.

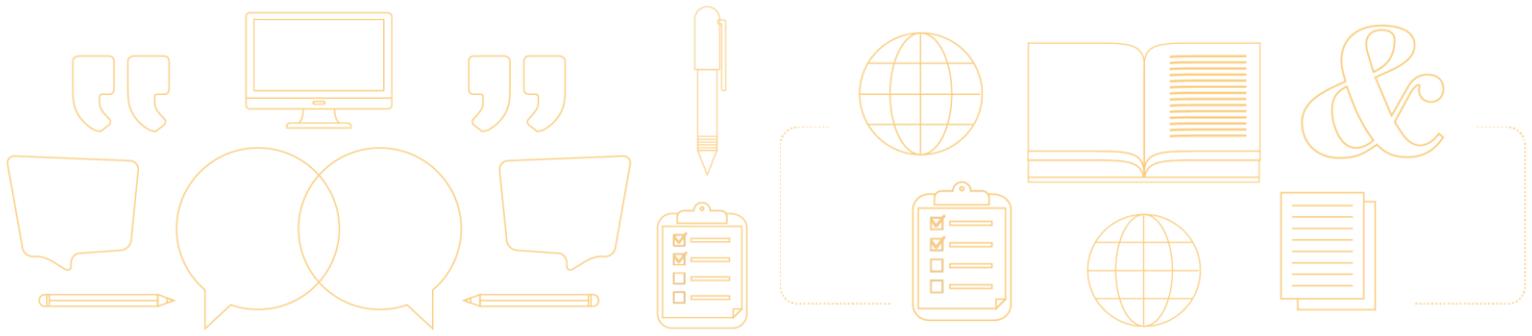
Así que llegué a las dos de la tarde. Erwin Bach, el encantador esposo alemán de Turner, me recogió en su todoterreno y me llevó hasta la casa, bautizada como el Chateau Algonquin (¿cómo no iba a tener un nombre propio la casa de Tina Turner?). En ella se respira la energía de un palacio de dibujos animados, con ramas de hiedra que trepan por las paredes cual serpientes; jardineros que podan con esmero los arbustos; una escultura de tamaño real que representa un caballo a dos patas, suspendida de un techo abovedado; un retrato enmarcado de Turner como reina egipcia, y una habitación repleta de sofás dorados al estilo de Luis XVI, en uno de los cuales se encontraba tumbada la mismísima Tina Turner.

Turner tiene setenta y nueve años. Lleva jubilada diez, y no ha dejado de saborear lo que es tener la agenda completamente vacía. «No canto. No bailo. No me pongo elegante», me contó. Hasta la peluca que, según escribió en sus memorias recién publicadas, «forma parte integral del look de Tina Turner», se ha relajado, pasando de una postura vertical a un pícaro corte a capas. Tiene la voz tan cautivadora como siempre, aunque ahora cumple otra función. Al llamar a su esposo, le sale un sonoro acento europeo, y se sumerge en las profundidades de su timbre vibrante, grave y áspero («No es la voz propia de una mujer», ha señalado) cuando le hace alguna broma.

No echa de menos los escenarios.

[...]

Pero de vez en cuando, está en el coche y se enciende la radio. Con Bach tarareando discretamente a su lado, interpreta la canción al más puro estilo Tina Turner, dando saltos en el asiento y cantando con voz suave para su espectador solitario. Hay un tema en particular al que no puede resistirse. Llamó a su marido, que estaba trasteando en la habitación contigua.



—Ay, ¿cómo se llama ese? —le preguntó—. ¿Cariño? ¿Cómo se llama? —Y entonces sí, cantó un poco—: «I want something just liiiike this!»
—¡La canción es de Coldplay! —le contestó Bach.

—Coldplay —repitió Turner—. ¿Sabes lo que me gusta? —Se puso a ensalzar, entusiasmada, el encanto ilógico de la voz de Chris Martin—. No tiene esa gran voz negra, como de motown...

—¡La canción se llama Coldplay with the Chainsmokers! —la interrumpió Bach.

—¡Da iguaaaaaal! —exclamó, como si hubiera tirado de todo su poderío vocal para borrar de la faz de la tierra lo que quiera que sea un chainsmoker. Me lanzó una mirada traviesa—. Es de Coldplay.

[...]

La pareja se mudó a Suiza en 1995. Tras una vida caótica, a Turner le gusta el afán suizo por el orden: aquí, todo se rige por unas normas. No habla alemán, y, de hecho, lo prefiere así; significa que nadie espera que diga gran cosa. Si alguien hace un comentario gracioso, no tiene más que preguntarle a su marido qué ha dicho.

En un día normal, se levanta. Su mayordomo, Didier, un suizo de enorme estatura y rostro tímido que viste una alegre polo abrochada hasta el último botón del cuello, le prepara gachas de avena. Más tarde, ella se va de compras.

El Algonquin está lleno a rebosar de cosas preciosas: un juego de llaves de imitación tipo castillo («Me gustaba mucho la idea de tener un castillo, hasta que vi lo grandes que eran», admitió); trozos de una amatista enorme, colocados al lado de la piscina («Un regalo»); fotografías enmarcadas de los sarcófagos de la antigua realeza egipcia (tiene la sensación de que en una vida pasada formó parte de ella; Didier también estaba ahí); un ídolo precolombino, espada en mano, que compró poco antes de abandonar definitivamente los Estados Unidos («Me cayó bien en su momento»). No hay nada guardado en cajas, pues ahora que se puede permitir todo esto, lo quiere ver, según confesó.

<https://www.nytimes.com/2019/09/09/theater/tina-turner-musical.html>